

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con ocasión de dedicar un homenaje documental, en tres volúmenes, a la memoria del famoso filólogo colombiano Rufino José Cuervo, el Agustino Recoleta Fray Pedro Fabo entona un himno a la lengua castellana; y no será yo quien recorte sus elogios a ese idioma, campo donde he arado toda mi vida. Sólo lo haría por dar muestras de imparcialidad, alarde que nos agrada a todos, pues nos realiza ante nosotros mismos, como amadores de la justicia.

La lengua castellana, que alcanzó la hegemonía de la Península, y fué, con la portuguesa, una de nuestras dos nacionales, es sin duda magnífica, o por mejor decir, vino a serlo, después de realizada su evolución del latín al romance. A pesar del elemento de acarreo que en ella suponen las voces fenicias, hebreas, góticas, árabes, italianas y tudescas que en su composición entraron, y las que conservó del celta y del vascuence, su vigor ha sido tal, que marcó estos elementos extraños con sello propio. Con razón dice el Padre Agustino antes nombrado, que el habla «fué adquiriendo esa fisonomía peculiar que la distingue de las otras, por su riqueza y complejidad sintáctica, por su modo racional de organizar la construcción flexiva de sus modos y tiempos de conjugación, y la donosura y embeleso de sus modismos, en que el tropo y el lenguaje figurado funcionan a qué quieres lengua». Y si reflexionamos en cómo sucedió que el idioma castellano adquiriese esa fisonomía peculiar, que en todo se revela, comprendemos que la debe a dos o tres factores principalísimos: en primer término, al pueblo; en segundo, a la clerecía y a los hidalgos.

Por eso cualquiera notará en la lengua castellana el contraste entre las crudas y verdes formas populares y las elegancias ampulosas; y, como en la Edad Media, cuando el idioma emerge, saliendo de su ganga bajo-latina, el pueblo y los señores están estrechamente unidos, no sólo en la aspiración común de la Reconquista, sino por otros mil lazos, del orden social y económico, vemos predominar desde el comienzo las formas castizamente populares, en Berceo y en el Arcipreste de Hita, y reaccionar contra estos juglares los poetas del mester de clerecía, y luego los trovadores, formándose así esas dos lenguas castellanas, que aun hoy, bastardeada la primera, conservan su respectiva situación: fecundo en modismos y graciosos el pueblo, y pegándose a las altas clases, que en ningún país como en España se expresan tan llana, confanzuda y familiarmente, y hasta desde la Restauración acá, están contaminadas e infiltradas de flamenquismo y chulapismo.

El habla más viviente, menos académica, más generadora, sigue siendo todavía la popular. Podrán mancharla barbarismos e idiotismos; pero tiene lo insubstituible: la energía gráfica, la espontaneidad, el frescor de manantial que surte de peña viva, amargo unas veces, otras perfumado con olores bravíos de montaña y costa, y hasta con tufos callejeros.

Una de las cualidades del idioma, suele afirmarse que es la abundancia de aquellos refranes que constituyen la sabiduría de Sancho Panza; y D. Adolfo de Castro, cuya *Historia de los protestantes españoles* dió origen a la *Historia de los heterodoxos*, de Menéndez y Pelayo, encarece el caso de que infinitos de estos «evangelios chicos» estén contruidos sin verbo.

Al pueblo se debe que no hayamos perdido, entre las cualidades y excelencias del idioma, una tan latina como la concisión. El pueblo habla poco, pero substancioso, y deja la amplificación y el verbalismo para los escritores.

En la constante y repetidísima afirmación de la superioridad de la lengua española no hemos de ver solamente un prurito de amor propio nacional, sino algo de realidad, fundada en testimonios y monumentos que son nuestra gloria. Así pudo decir Garcés, en su libro *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua*

castellana, que las lenguas de los diversos pueblos y naciones se diferencian mucho entre sí debido (y en esto se adelanta a Taine y sigue las huellas de Montesquieu) al clima, al genio del país, a su legislación, ciencias, trato y comercio, «de donde, como suelen en cada país traslucirse en la estatura, color, ceremonias y vestidos ciertos toques de propia y natural genialidad, del mismo modo déjanse ver peculiares e individuos modos de hablar, que más dicen con su particular constitución, y punto natural de sus pasiones». Y de aquí deduce este erudito que han formado nuestra lengua los insignes escritores, pero yo creo que ninguno, ni aun Cervantes, es tan poderoso que forme una lengua: lo que hace es dejar de ella testimonios y documentos, más útiles cuanto más sinceros y ricos de contenido.

Siendo la nuestra una lengua cuyo mejor sabor reside en lo popular, todos los clásicos han necesitado sumergirse en ese océano, para salvarse y embalsamarse. Lo culto, en España, vale mucho menos que lo espontáneo: este fenómeno, lo mismo se observa en el idioma que en el arte. La nación se compone de agricultores, de marineros, de soldados, de pastores trashumantes, de artesanos y obreros; ése es el fondo y trasfondo de la raza, en la cual existe, quién lo duda, una mezcla, rastro indeleble de las invasiones y las emigraciones de pueblos distintos, que, como salta impensadamente en el tipo humano, salta en el idioma. Es un hecho singular el de la romanización; pero esta romanización, que excepto en el territorio vasco, hizo desaparecer las lenguas que pudiesen hablarse en la Península, como si las hubiese cancelado con una esponja, hasta el extremo de que se ignore cuáles pudieron ser y no pase de hipótesis cuanto se especule, no logró, como es natural, expulsar un residuo de palabras, que quedaron incrustadas en la lengua nueva, para testimonio de grandes vicisitudes, de luchas y sucesos que la memoria ha olvidado ya. Posteriormente a la romanización, aun recibimos otro contingente importantísimo: el árabe.

Sorprende el caso, lo repito, aun cuando no sea el único, pues lo propio sucedió en Francia; y no digo en Italia, porque Italia pasó sin esfuerzo del latín al romance, y desde el siglo XIII, desde los poetas franciscanos y Dante, tiene su idioma hecho. Parece extraño el que un pueblo entiere su idioma propio, y adopte el de los conquistadores. Sería cosa de creer que las secretas raíces que el habla tiene en el alma, las afinidades de las lenguas con el genio de las naciones, no son tan hondas ni tan indestructibles como se asegura. Por mi parte siempre he creído advertir esas afinidades, adivinar esas raíces, esa identificación del idioma con el espíritu. Es en la literatura donde más la observo, y ya que la literatura no haga el idioma, no puede negarse que lo consolida, y lo embalsama para la inmortalidad. Si la lengua de los primitivos iberos tuviese monumentos literarios, no hubiese dado cuenta de ella tan fácilmente el latín, que le llevaba esta ventaja: poseer excelsos escritores y sublimes poetas. Nadie ignora qué rica contribución aportaron los españoles a las letras latinas. También ayudaron a su decadencia y corrupción como en venganza.

Del hecho de que cada pueblo haya tenido su lengua primitiva, se ha sacado en consecuencia, cuando estaba menos adelantada la filología, que, en tiempos primitivos también, existiese una sola lengua universal. La ciencia demuestra, al contrario, que las lenguas se multiplican, donde apenas existe civilización: y no ha contribuido poco a asentar este convencimiento el estudio de los idiomas de los indios del Nuevo Continente, que son innumerables, a veces hablados por una sola tribu, y a veces por una o dos personas, generalmente mujeres, las más conservadoras de este elemento. Por lo cual, las pretensiones de los vascófilos, a principios del siglo pasado, de haber sido el vascuence el habla del Paraíso, vehículo de comunicación de pensamientos entre el padre Adán y la madre Eva, parecieron excesivas, aun cuando se le concediese a Astarloa lo que asegura de la admirable perfección y composición sapientísima de tal lengua, que, pese a todos sus méritos y antigüedad, parece sentenciada a desaparecer. Yo no tengo el caudal de conocimientos filológicos que se requeriría para apreciar los argumentos con que Astarloa apoya su entusiasta tesis, llegando a decir que el vascuence es más filosófico y rico que el griego, el latín, el hebreo y el castellano, y por supuesto el chino, que el buen presbítero amigo de Humboldt tuvo la paciencia de aprenderse, para comparar. Sólo encontré que se aproximaban en perfección al eúskaro cuatro lenguas americanas: la aimará, quichúa, guaraní y hule. No obstante, les pone defectos que el vascuence no presenta.

Tampoco cabe discutir la antigüedad formidable de esta lengua. Mi amigo Arturo Campión, que escri-

bió la *Gramática de los cuatro dialectos*, y es un vascófilo tan ilustre como sabio, cree que fué la primitiva española, y lo deduce de los nombres geográficos arcaicos, procedentes del vascuence, a su entender.

Hay que conceder que esa lengua no fué traída aquí por conquistadores ni invasores, sino por los primeros pueblos emigrantes, en remotísimos tiempos; pero falta saber cómo y cuándo esas tribus nómadas entraron en nuestro suelo. De la diferencia entre los vascos y otros elementos étnicos de España, podemos inferir, aun prescindiendo de la autoridad de Estrabón, que no en toda ella se hablaría el vascuence, y que pudo haber otros idiomas, extinguidos por la romanización. Hasta del hecho de que dure y dure el vasco, mientras las demás lenguas, si las hubo, se extinguieron, puede sacarse la misma consecuencia.

No en balde dijo Huxley que la lengua vasca era desesperación de los filólogos. Siempre tendrá mucho de enigma un idioma semejante en sus raíces a los del Ural, en su sistema de numeración (del cual tanto partido saca Astarloa) a los americanos, y al sanscrito, en analogías de vocalización. Misterio, la afinidad del eúskaro con ciertos dialectos mexicanos.

Sea lo que quiera de cuestiones tan debatidas y que aun no se han esclarecido suficientemente, pues se enlazan al obscurísimo problema de los orígenes de la humanidad, de esa serie de siglos en que, errante, se esparció el hombre por la superficie del planeta, en busca de cielos clementes y tierras que le diesen sustento — el homenaje a Cuervo, obra del Padre Agustino, que por incidencia nie ha sugerido las anteriores digresiones, contiene noticias del mayor interés, para los que, sin fanáticas hipérbolas, ensalzamos y amamos la lengua castellana. Dícenos el doctor Agustino que el Estado de Colombia proyecta ir publicando íntegros los manuscritos de Cuervo, y que éstos constituyen el monumento más vasto que en todos los tiempos se haya emprendido en honor del habla de Castilla. Parece que sólo el *Diccionario de regímenes, filológico y etimológico*, es una inmensa labor, que forma enormes pilas de paquetes de cuartillas, y sólo Dios sabe a cuántos volúmenes alcanzará; seguramente muchos más que el famoso de Littré. Dos tomos de este trabajo titánico han visto la luz, el uno, siete años después que el otro. Para que se terminase la publicación, en suspenso desde este segundo tomo, suscribieron varias naciones americanas la suma de 210.000 francos. Pero Cuervo, como dije ya, y el Agustino recoge mis palabras, estaba acometido de desaliento, que él llamaba «escrúpulos de vieja». Temía equivocarse; temía no apoyarse en datos lo bastante sólidos. «He confiado como todos en la Biblioteca de Autores Españoles, en la erudición de hombres como Durán, como Hartzenbusch. Cuando he conseguido textos originales, he podido ver que esa erudición no es siempre auténtica; que ha habido descuidos de composición, erratas, etc. Sería preciso estudiar directamente los textos primitivos...»

Lo mejor es enemigo de lo bueno. Demasiada conciencia, acaso perjudica. Y por eso, hoy que muerto el sabio se han recogido los materiales de su obra, se aspira a ver continuada la publicación... ¡que buena falta hace!

El Diccionario de Cuervo es, bien lo sé, de distinta índole que el de la Academia Española. Pero las deficiencias de éste, en su género, rayan en lo fantástico. Después de todos los reparos que le puso Valbuena, y que, expresados sin cortesía, tenían fundamento, aun se puede escribir doble, y algo se ha escrito en América misma, y siempre en son de censura, de un *Tesoro* tan pobre donde faltan las cinco sextas partes de las voces castellanas, entre ellas muchas usuales y corrientes. Con decir que cualquier otro Diccionario de los recientemente publicados y que son obra de un solo autor le supera está todo dicho.

Ahora parece que la Academia prepara otro Diccionario, es decir, una nueva edición, corregida, aumentada, perfeccionada, etc., ojalá que orégano sea. Por lo que pueda suceder, no desmayen, los que tienen este encargo, en activar la continuación del de Cuervo, que remediará en gran parte la necesidad presente. Me temo que el de la Academia tendrá vicio de origen: hay criterios dominantes, modos de ser, órdenes de ideas, resabios y estilos que, en esa Corporación, y a despecho de la presencia en ella de muy doctos varones, hacen que todo salga de cierto modo... Por ahora no digo más. Un académico, el P. Mir (de quien hablaremos otro día, y de su obra póstuma), llegó a escribir que los *Salmos penitenciales*, del P. Pedro de la Vega, valen más que cuanto Cervantes produjo. ¡Más que el *Quijote*! Con esto, y con el famoso retrato ¡mal Centenario le preparan al regocijo de las Musas!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.